



PUEBLOS RETRASADOS

*Los iniciadores fueron ellos mismos
iniciados por la Naturaleza.*

CAPÍTULO IV

PREHISTORIA CONTEMPORÁNEA. — ALIMENTOS. — VIVIENDAS Y FORTALEZAS. — VILLAS LACUSTRES. — LUGARES DE CITA. — SENDAS Y CAMINOS. — DISTRIBUCIÓN DE LAS VILLAS. — INDUSTRIAS. — ORNAMENTOS.

Los múltiples cambios que se han producido entre los hombres desde su origen y que, en el conjunto son designados en el lenguaje corriente como el «progreso», como la marcha de la civilización misma, no nos son conocidos de una manera directa sino en el período de la historia propiamente dicha, es decir de los monumentos escritos, con fechas y nombres propios. Pero antes de esos tiempos en que la humanidad, ya consciente de sí misma, al menos por sus diversas naciones representantes, cuidaba de transmitir a las edades futuras los acontecimientos sucesivos de su existencia, una aurora anunciaba el día, y en esta media luz se perciben algunos restos de edificios y de instituciones, se comprueba la existencia de ciertos pueblos cuyos éxodos y conflictos se siguen vagamente; se recogen también tradiciones y leyendas cuyo verdadero sentido se trata de interpretar, y esos restos sirven para establecer narra-

ciones sumarias en que las suposiciones plausibles llenan las lagunas dejadas por documentos incontestados, a la manera que, en una inscripción mutilada, intercala el sabio las letras que faltan. Esta historia incompleta, primitiva, es la Protohistoria¹, cuyos límites indecisos retrocederán gradualmente hacia los orígenes más antiguos a medida que la ciencia proyecte en el pasado una luz más intensa.

Prehistoria y protohistoria acaban, y la historia propiamente dicha comienza en períodos muy diversos, según los pueblos y los lugares. Gracias a la floración precoz de la civilización en las comarcas del Mundo Antiguo, ribereñas del Océano Indico y del Mediterráneo, las miradas de la ciencia histórica penetraron allí mucho antes, cinco, seis y diez mil años anteriormente al período actual, mientras que en otros países, donde no se han descubierto documentos, las relaciones de los indígenas no permiten remontar en la historia más allá de algunas generaciones. Así el Nuevo Mundo, en su conjunto, no nos es históricamente conocido sino desde hace cuatro siglos, y algunas vislumbres nos revelan solamente antes de la llegada de los europeos, la sucesión de los acontecimientos principales en el pasado de las naciones más civilizadas.

Puede decirse, además, que la prehistoria se continúa todavía para las poblaciones de una grandísima parte de la Tierra, que, a pesar de su unión oficial al resto del mundo, no dejan de estar sumergidas en plena civilización tradicional y se mantienen en su aislamiento intelectual y moral. Hasta en las naciones de la Europa occidental, en los círculos más brillantemente iluminados por el esplendor de la cultura moderna, los buscadores de costumbres, de tradiciones, de cantos populares, descubren incesantemente supervivencias y huellas de su antigua prehistoria. Gracias a esta coexistencia de las edades sucesivas de la humanidad, a esa penetración de las épocas, y sobre todo al estudio de los pueblos llamados «primitivos» o más bien «retardados», muy débilmente influídos todavía por los grandes pueblos conquistadores, se aprende a conocer por análisis los hombres de otro tiempo, nuestros antepasados, y se trata de reconstituir su evolución en los antiguos medios geográficos más o menos diferentes del ambiente actual.

¹ Palabra creada por G. de Morüll o por Wilson (*Prehistor. i. Annals of Scotland*)?

Diffícil es, ciertamente, ver por el pensamiento, con precisión suficiente, el género de vida seguido en tiempos pasados por las poblaciones primitivas cuyos huesos y armas se recogen; pero en muchos sitios la Naturaleza ha cambiado poco desde esas edades lejanas, y por otra parte, se tiene siempre como elemento de comparación los países donde se encuentran actualmente tribus que tienen costumbres análogas a las de las poblaciones que han desaparecido sin dejar más que testimonios de su forma particular de civilización.

Las distancias corresponden al tiempo: de comarca a comarca se viaja tan bien como de siglo en siglo. El hecho es que Miklucho-Maklai se hallaba, en un pasado remoto, escuchando a aquellos ancianos de la Nueva-Guinea que le hablaban de la época, poco alejada de ellos, en que el fuego era desconocido para su tribu, y en que no habían llegado a saber reproducirle artificialmente: cuando un carbón se apagaba en una choza había que ir a buscar una brasa a otra choza. ¿No están los Ta Olas, descubiertos en la espesura de los bosques de Celebes, más profundamente sumergidos en la sombría noche de los tiempos antiguos, anteriores al conocimiento de todo lo que, aparte del alimento, se nos ha hecho indispensable? Además, si hay progreso para gran número de grupos étnicos, y especialmente para aquellos de que nosotros, los civilizados, hemos salido, ¿cuántas poblaciones retrogradan, volviendo hacia las viviendas de otro tiempo sin aire y sin fuego!

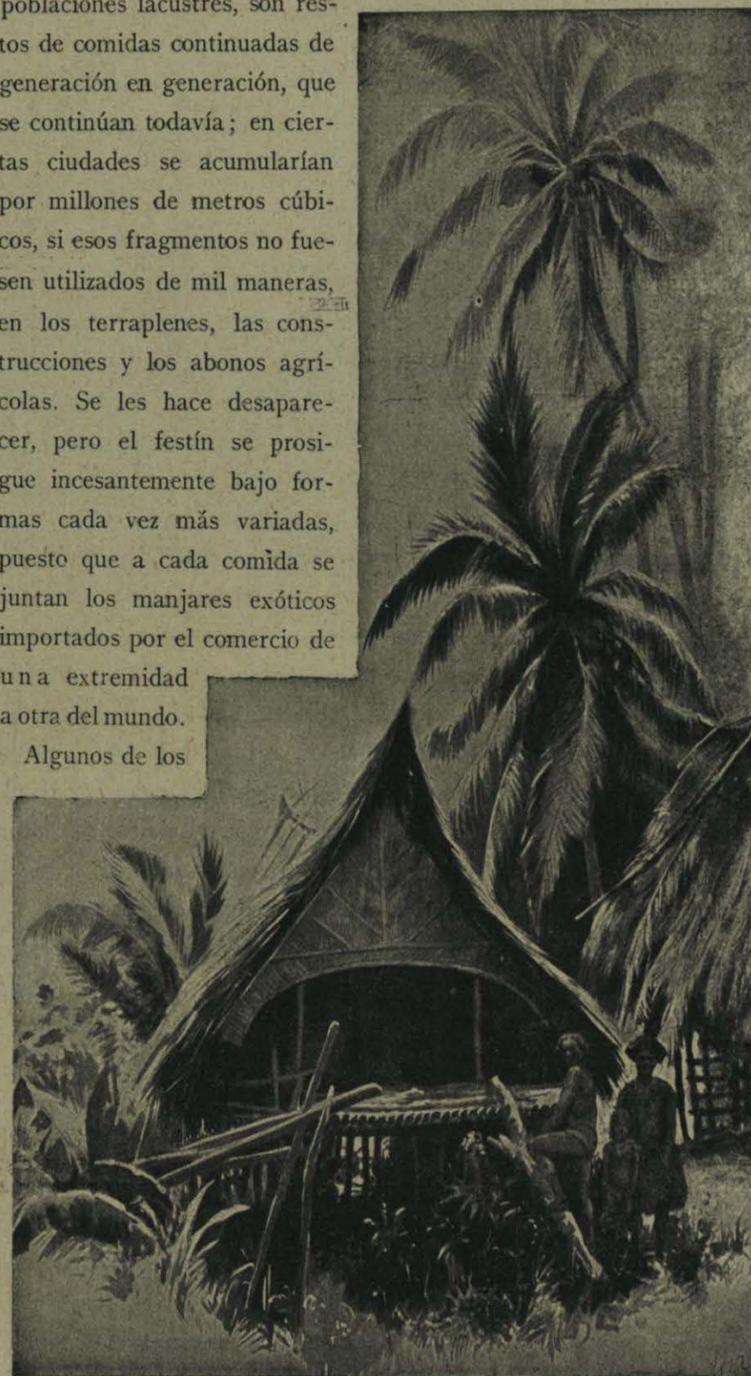
En primer lugar, ¿cuáles fueron los alimentos de nuestros antepasados? La observación de nuestros contemporáneos «primitivos» nos responde suficientemente. El alimento de los incultos difiere aún, según el clima, la naturaleza del suelo y el grado de civilización alcanzado por los indígenas en la sucesión de las edades prehistóricas. Los insulares, aun aquellos para quienes la Naturaleza no se ha mostrado avara, como en muchos archipiélagos oceánicos, debían, todavía recientemente, limitarse a las frutas, a las semillas y a los brotes verdes de las plantas indígenas, a menos que añadiesen a sus comidas alguna caza suministrada por los escasos representantes de la fauna terrestre y los pescados o frutos de mar que las aguas daban en abundancia.

En las proximidades del desierto, en las tierras pedregosas del clima uniforme, el régimen de los habitantes había de ser también muy poco variado, en tanto que las comarcas continentales, muy ricas en especies diversas, ofrecían a los residentes todos los elementos posibles de la alimentación más escogida. El medio hace el alimento del animal lo mismo que el del hombre, y, según los lugares y los tiempos, las diferencias pueden ser tan considerables, que el manjar más succulento de un individuo es para otro el más repugnante: hay gastrónomo que prefiere los insectos y los gusanos, otro la manteca rancia, la carne podrida o las materias verdes y medio digeridas que se encuentran en el estómago del reno. Un mongol, compañero de Prjvalsky, vomitaba de asco viendo a unos europeos comer pato, y él se alimentaba con tripas de carnero no lavadas. Naciones enteras se contentan con semillas y frutas, mientras que otras necesitan carne sanguinolenta, y muchas poblaciones, en diversos países de la Tierra, hasta beben sangre humana, sea por crueldad guerrera, sea por respeto al enemigo, para hacer pasar a su propio cuerpo el alma de un valiente—como lo hacen los malayos de Singapur, comiendo carne de tigre,—sea por alguna otra ilusión religiosa o patriótica, sea también a consecuencia de hambres que cambiaron al hombre en animal de presa. ¡Cuántas veces se ha dado el caso de que unos marinos extraviados en el Océano han recurrido al sorteo para que uno de ellos sirviera de alimento a los otros! Dunmore Lang atribuye la gran proporción de caníbales entre los insulares polinesios a la frecuencia de tales casos: sin embargo, el carácter religioso domina en las prácticas de la antropofagia. Ciertos alimentos y condimentos que son necesarios a la mayor parte de los hombres, son inútiles para otros: la sal, de que no puede prescindir el civilizado de Europa, repugna a ciertas tribus del centro africano, que quizás se satisfacen con las sales de potasa o de sosa que encuentran en sus alimentos de origen vegetal.

Los «restos de cocina», montones de conchas que se encuentran en las costas dinamarquesas, lo mismo que las *ostrerías* de la América española, los *sambaqui* del litoral brasileño y los montículos de desperdicios acumulados bajo las ruinas de las

poblaciones lacustres, son restos de comidas continuadas de generación en generación, que se continúan todavía; en ciertas ciudades se acumularían por millones de metros cúbicos, si esos fragmentos no fuesen utilizados de mil maneras, en los terraplenes, las construcciones y los abonos agrícolas. Se les hace desaparecer, pero el festín se prosigue incesantemente bajo formas cada vez más variadas, puesto que a cada comida se juntan los manjares exóticos importados por el comercio de una extremidad a otra del mundo.

Algunos de los



HABITACIÓN DE SUMATRA (Véase pág. 159)

Dibujo de G. Roux, de una fotografía.

«montones de conchas» dejados sobre el litoral de numerosas riberas marinas tienen dimensiones prodigiosas, atestiguando gran cultura entre los ribereños del mar, porque no son individuos aislados, familias dispersas, quienes pueden haber elevado esos montículos de conchas de ostras y otros moluscos que tienen hasta 300 metros de largo sobre 30 a 60 metros de ancho y 3 metros de altura. No se cuentan menos de 69 *sambaqui* en las costas de mar Pequeño, en el Brasil meridional (A. Löfgren). Reuníanse, pues, los pescadores en gran número en aquella época para sus comidas de conchas, a las cuales añadían pescados de diversas especies, como también ciervos, corzos, cerdos, bueyes, perros, gatos, castores y nutrias, cuyos huesos roídos se ven en los montones de restos.

Desde las épocas en que se amontonaron aquellos lechos de conchas, muchas especies y variedades animales han desaparecido o al menos se han modificado notablemente. Por otra parte se ha podido observar que varias formas animales existían ya en regiones de las que los historiadores las creían ausentes. Respecto de las especies vegetales se han hecho análogas observaciones; hay árboles frutales que se creían importados de Asia durante la dominación romana que existían libremente en la Europa occidental mucho antes de los tiempos históricos. A juzgar por los huesos de frutas encontrados en las grutas, los trogloditas del Mas de Azil conocían dos variedades de cerezas y tres de ciruelas en la época en que se formaba las capas de «guijarreros coloreados». El nogal existía ya en las Galias en la época terciaria. Por último, al principio del período magdaleniano, el hombre conoció el trigo, puesto que esculpó en relieve las espigas¹. La viña existía también en la Europa occidental, porque se la encuentra en las *terramare* de las llanuras italianas durante la edad del bronce. En aquella época los italianos bebían verdadero vino de uva, cuyo uso se extendería probablemente de Oeste a Este y no al contrario, como antes se creía. En las mismas edades prehistóricas y hasta en los principios de la historia propiamente dicha, los hombres de los palafitos alpinos, en Varese y en Lubliana bebían vino del cornejo o sanguino, y

¹ Ed. Piette, *Bull. de la Soc. d'Anthropologie de Paris*, sesión del 18 de abril de 1895.



CAFRES CONSTRUYENDO UNA CABAÑA

Según una fotografía.

sobre la vertiente septentrional de los Alpes, desde Saboya al Austria, la bebida fermentada en uso era la que se fabricaba con frambuesas y zarzamoras¹. Todos esos líquidos producían la embriaguez, porque sabido es que el hombre sabía sentir la necesidad de huir de sí mismo por una locura temporal cuyo uso ordinario reglamentaron las supersticiones y los cultos.

Antes de la historia, las viviendas no eran menos variadas que los alimentos, puesto que dependían del medio, y todas las formas de habitaciones de otros tiempos se conservan en nuestras edades de civilización acelerada. El suelo cubierto de nieve daba al Esquimal materiales de construcción muy diferentes que el desierto pedregoso o el frondoso bosque suministraba al árabe o al hindu. Hasta cuando los hombres, ya ricos y cultos, han tenido empeño en construirse bellos monumentos de madera, ladrillo, piedra o mármol, la naturaleza ambiente queda grabada sobre el palacio: «El clima se escribe en la arquitectura: un techo puntiagudo prueba la lluvia; plano, el sol; cargado de piedras, el viento»². Pero no hay edificios romanos o góticos, ni una sola habitación, ni un mal cobertizo utilizado en las pri-

¹ G. de Mortillet, *Les Boissons fermentées*, «Bull. Soc. d'Anthropologie», 1897, fasc. 5.

² Victor Hugo, *Le Rhin*.

meras edades de que no se vean todavía ejemplos peor o mejor conservados. Las supervivencias de la vivienda primitiva se muestran hasta en las ciudades más suntuosas. ¿No se encuentran buscando bien, trogloditas en París y en Londres? ¿No se ven también gentes que viven bajo la choza, grosera morada de ramas y restos, sin contar los que pasan la noche echados en tierra?

En las comarcas de temperatura tropical, donde sin duda el hombre se desarrolló en su juventud primera, las espesuras de la maleza sirven todavía de habitaciones comunes a poblaciones numerosas. Antes se apreciaban como viviendas perfectas las cimas de los grandes árboles, que ofrecían un suelo natural en el punto de divergencia de las principales ramas, extendiéndose sobre la parte superior una espesa cubierta de follaje que resguardaba de los ardores del sol y la violencia de las lluvias y de las tempestades.

Como sus primos, los cuadrumanos, los bimanos habitaban lo lo más cerca posible de las frutas y de las bayas que les servían de alimento, y, en caso de defensa contra los asaltantes,



CABAÑA CONSTRUÍDA EN EL EXTREMO-NORTE CON HUESOS DE BALLENA

Según un grabado de Olaus Magnus.

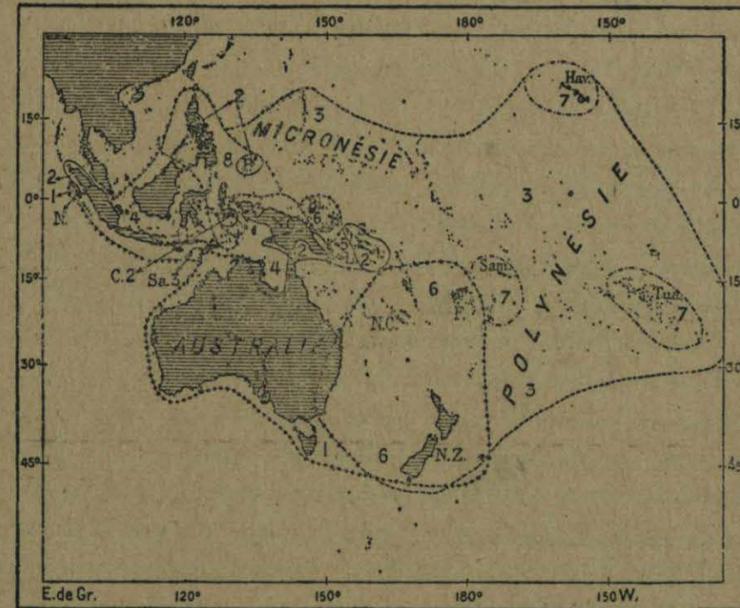
no tenían que hacer más que romper las ramas de su fortaleza viviente y emplearlas a guisa de dardos, lanzas o mazas.

Cuando era grande la espesura y estaba formada de árboles unidos en una sola

masa por las ramas entrecruzadas y por los cables de las plantas parásitas, podía suceder que se librasen batallas en el follaje, entre los arborícolas y los invasores llegados por senderos aéreos. Pero en la sociedad contemporánea en que los medios de ataque tienen un efecto inmediato y fulminante, se ha hecho imposible a las tribus selváticas conservar sus viviendas de ramaje. Sabido es que los Uaraun del delta del Orinoco no habitan ya las cimas de sus palmeras durante las crecidas del río, y que las tribus saras,

que vivían, como los monos, sobre las elevadas ramas del eriodendron, han sido desalojadas a tiros por los baghirnios mercaderes de esclavos¹.

N.º 21. Habitaciones de Oceanía



D'après L. Frobenius.

1: 150 000 000

0 1000 5000 10000 Kil.

- | | |
|--|---|
| 1 Tipo nigricio. (La mayor parte de Australia, Tasmania, Nias, etc.) | 5 Tipos 1 y 2 mezclados (Luisiadas). |
| 2 Tipo Barla (Islas Salomón; sudeste de la Nueva Guinea, Ceram, Palaos, parte de las Filipinas, noroeste de Sumatra). | 6 Tipos 1 y 3 mezclados (Archipiélago Bismarck, Nueva Caledonia, Fidji, Australia oriental, Nueva Zelanda). |
| 3 Tipo malo-asiático. (La mayor parte de la Polinesia y de la Micronesia—Sawoe). | 7 Tipo 3 con elementos del tipo 1 (Samoa, Tuamotu, Hawaii). |
| 4 Tipo sobre estacas (Sumatra, Java, Borneo, Célebes, etcétera. Australia septentrional, Nueva-Guinea norte occidental). | 8 Tipos 3 y 4 mezclados. (La mayor parte de las Filipinas, Halmahera, Timor-Laot). |

El tipo de habitación nigricia se compone de una sola superficie curva que forma los lados y el techo; el tipo malo-asiático se caracteriza por un techo con dos pendientes que reposa sobre paredes laterales. El tipo Barla está construido sobre estacas, pero se distingue del tipo n.º 4 por la presencia de vigas longitudinales sujetas entre dos filas de estacas verticales.

ABREVIATURAS

- | | | |
|------------------------------|--------------------------|-----------------|
| Bi. : Archipiélago Bismarck. | N. : Nias. | Sa. : Sawoe. |
| C. : Ceram. | N. C. : Nueva Caledonia. | Sam. : Samoa. |
| F. : Fidji. | N. G. : Nueva Guinea. | Tua. : Tuamotu. |
| Hav. : Hawaii. | N. Z. : Nueva Zelanda. | P. : Palaos. |
| L. : Luisiadas. | S. : Islas Salomón. | |

Todavía son muy numerosas las madrigueras en que viven grupos de familias a la manera de los animales en los bosques. Es esa una especie de albergue perfectamente indicado en una

¹ G. Nachtgal, *Sahara und Sudan*.
1-40.

gran extensión de la Tierra, en países de bosques, de malezas o de cañaverales: hay lugares que presentan a la vez ventajas para el refugio, la defensa y la salubridad, que serían frecuentemente disputados entre el hombre, el oso u otros animales; así como hay refugios naturales, bien defendidos de los vientos, de las tempestades y de los rayos demasiado ardientes del sol, que ofrecen lechos de musgo, de césped o de hojas, verdaderamente deliciosos, que, aun en nuestros días, los civilizados que en el curso de su vida han tenido ocasión de comparar la venturosa existencia en los bosques con la regularidad monótona de la residencia en las casas cerradas, más de una vez, en sus horas de insomnio, habrán recordado, con dulce melancolía el tiempo en que, tendidos sobre mullida hierba, veían las estrellas y la vía láctea palpar dulcemente entre las ramas en apariencia inmóviles.

En esos deliciosos retiros, se aumentan fácilmente las condiciones de comodidad por sencillísimos procedimientos: por ejemplo, reuniendo en ramillete las cimas de varias ramas dispuestas en círculo se forma una especie de choza cónica, a la que se puede dar una abertura suficiente y formar paredes por medio de ramas entrecruzadas¹. Partiendo de aquí se llega fácilmente a construcciones de concepción más inteligente: troncos de árboles reunidos en forma de paredes exteriores; palos y haces para las divisiones interiores; hojas dispuestas en espesas capas para los techos; troncos aislados que sirven de columnas; ramaje espinoso que rodea la vivienda para protegerla contra los ataques de las fieras o de otros hombres; tal fué el principio de la cabaña, que cambió naturalmente de proporciones y de arquitectura según la especie de la vegetación local. En todos los países del Oriente asiático, el bambú, esa planta de rápido crecimiento, tan notable por su forma, su ligereza y su facilidad de empleo, es el principal elemento de que disponen los arquitectos rústicos. En las regiones templadas y sobre los declives de los montes donde falta el bambú, la madera propiamente dicha sirve para la construcción de las cabañas, islas o chalets.

Las dos formas típicas de esos edificios rudimentarios, el círculo y el cuadrado o rectángulo, dependen naturalmente de los materiales que se tienen a mano y del trabajo que exige su mani-

¹ Viollet-le-Duc, *Histoire de l'Habitation humaine*, pág. 67.

pulación. El tipo curvilíneo suele ser el más fuerte: recuerda las chozas del castor, los hormigueros y termiteros, los nidos de las aves, de los peces, de los insectos y hasta las telas de araña¹.

A ese tipo de choza para el cual bastaba encorvar las ramas que forman círculo, atarlas por el extremo a modo de bóveda primitiva, y a veces empastarlas con arcilla para darles mayor consistencia, sucedió el tipo rectilíneo, para cuya realización había que derribar árboles y colocar longitudinalmente los troncos unos sobre otros. Ese modo de construcción tiene la gran ventaja de prestarse a todos los crecimientos necesarios: las «casas largas» que construían los Iroquis y otros indios de América, lo mismo que los edificios de igual clase construídos en muchas islas de la mar del Sud para recibir los jóvenes o los huéspedes de la tribu, no hubieran podido edificarse bajo forma diferente. Pero allí mismo donde el arte del constructor está bastante desarrollado para dar a las cabañas todas las formas que se deseen, el espíritu de conservación y la tradición de raza bastan para mantener de siglo en siglo los tipos hereditarios. En tal concepto, Africa está dividida en dos mitades, aunque entremezclando sus fronteras: el grupo del país de las cabañas redondas y la región de las chozas angulares². Otras comarcas prefieren, unas las cúpulas, otras las puntas³. La arquitectura de las tumbas obedece a las mismas leyes que la de las casas, porque se supone que los muertos han de tener las costumbres de los vivos⁴.

Además de sus bosques y sus malezas, la Naturaleza ofrece también sus cavernas a los contemporáneos para que establezcan en ellas su residencia. Lo mismo para el hombre que para el animal, la gruta y la oquedad vaciada por la erosión de las aguas al pie de la roca saliente, son albergues naturales perfectamente indicados. En ciertas comarcas, sobre todo en las regiones calcáreas atravesadas por galerías y antros ramificados, todas las poblaciones eran trogloditas: se hubiese podido observar el país en grandes extensiones sin ver un solo individuo, ocultos todos en la profundidad de las rocas. Por el trabajo asociado, los habitantes de aquellos lugares tenebrosos los apropiaban a sus

¹ Elie Reclus, *Notas manuscritas*.

² Frobenius, *Petermann's Mitteilungen*, 1897, pág. 265.

³ Besset, *Bull. Soc. Géogr.*, 4.^o t. m. 1904.

⁴ Elie Reclus, *Notas manuscritas*.